Título: Los botones, el cofre y una mentira

Pseudónimo: Cascanueces

Los botones, el cofre y una mentira

Hoy fue el cumpleaños de Fernanda. Recibió varios regalos, entre ellos, un abrigo. Ella colecciona botones; por eso, en la noche los descose. Al abrir la puerta del cofre los botones amontonados en el interior, dan la impresión de no tener vida. Fernanda cierra el cofre, apaga las luces de la recámara y se acuesta a dormir. Por el contrario, los botones abren los ojos, su brillo casi ha desaparecido. Los botones separados del abrigo preguntan:

—¿Dónde estamos?

Varias voces responden:

—En la caja de zapatos de un gigante.

—En el estómago de una nube.

—En la maleta que llevan los patos cuando se van de viaje.

—Adentro de un pastel que sabe horrible

Un botón explica:

—No. ¿Cuántas veces les tengo que decir que estamos atrapados en un cofre?

Mientras unos miran a los nuevos botones, el botón que parece el líder les cuenta el plan que tienen para escapar. Al final agrega:

—El problema es que cuando abren la puerta del cofre, es para guardar más botones o para extraer los hilos, y de inmediato la cierran.

De pronto, alguien entra en la habitación de Fernanda. Enciende las luces y busca algo dentro del cofre. Varios botones sienten cosquillas en los pies y otros en el estómago. Las luces se apagan. Los botones miran hacia arriba. ¡El cofre está abierto!

—¡Rápido! —dice uno de los botones—. Procedamos de acuerdo al plan.

Un equipo desenrolla un carrete de hilo, otros detienen la hebra con fuerza y el grupo más numeroso arroja la bobina fuera del cofre. Después de numerosos intentos fallidos, el carrete supera la muralla.

Sin tiempo para festejar, suben uno por uno del hilo para no romperlo. Por la emoción nadie se da cuenta de que el último botón de la fila, lleva unos minutos temblando. Cuando es su turno, se frena a la mitad del camino.

Los botones extrañados por la tardanza le aconsejan:

—¡No mires hacia abajo!

—Piensa que escalas una pared de sabrosos malvaviscos de colores.

El botón respira profundo y continúa ascendiendo, incluso se balancea, como si estuviera mordiendo todos los dulces que imagina en el muro.

Cuando unos botones se preparaban para ayudarlo, aparece en lo alto del cofre, más brillante que una moneda de oro.

Sobre la mesa, preparan una manifestación para exigir que de inmediato los regresen a sus hogares. En ese momento, las campanillas del reloj timbran. El ruido inesperado molesta a los botones que se cubren los oídos. Fernanda estira el brazo para apagarlo, pero lo único que consigue es tirar el reloj.

—¡Apaguen ese ruido, apaguen ese ruido! —gritan los botones.

Sorprendida de oír esas palabras, apaga el despertador, enciende los focos y busca la procedencia de las voces. Los botones corren a esconderse atrás del portarretratos, excepto el botón que tuvo miedo de subir la cuerda; ahora se acerca sin temblar hacia Fernanda, y mirándola a los ojos le ordena:

—¡No queremos pasar la vida encerrados en un cofre! Yo fui el último botón en salir y no pienso regresar por ningún motivo.

Al instante, los demás botones salen del escondite.

—Lo único que te pedimos es regresar a nuestros hogares —con lágrimas en los ojos concluyen. —Entonces, ¿puedes cosernos otra vez? También queremos acompañarte a la escuela y leer muchos libros.

El cofre se acerca y con voz ronca dice:

—Tengo mis chapas oxidadas, además ustedes estaban dentro de mi boca, por lo cual, no lograba abrirla para que salieran.

Después se dirige a Fernanda:

—Terminando de coser los botones, ¿podrías limpiar mis chapas y refrescarme con unas gotitas de aceite?

Tienen razón —responde Fernanda—. Pueden pasar el día fuera del cofre, cuando vuelva de la escuela regresaran con sus prendas.

Los botones muy aliviados y contentos se recuestan sobre la mesa. Fernanda toma entre sus manos el cofre y con un movimiento rápido de manos… ¡atrapa nuevamente a los botones!

—Sí, amigos míos, me asombra que puedan hablar —dice Fernanda con una sonrisa. Y después de una pausa, sentencia—: Nada de querer asistir a la escuela, ustedes me harán famosa y millonaria. Soy la dueña de un cofre y unos botones que hablan.